

INTRODUCCIÓN

Por DARÍO VALCÁRCEL

Al redactar unas páginas de introducción a este trabajo del CESEDEN sobre las misiones de paz en la antigua Yugoslavia, reaparece un viejo dilema: quizá los análisis teóricos resulten inútiles en una crisis en la que todo cambia a la velocidad en que se suceden los giros en los Balcanes. Las operaciones bélicas, los actos de genocidio, la persecución y los desplazamientos de refugiados se han prolongado allí durante tres años, en un terreno moral cada vez más pantanoso. De pronto, un día, la situación cambia y los acontecimientos toman otra dirección: dramática y radicalmente.

Durante tres años, las naciones occidentales han preferido la intervención indirecta. Lo cual equivale a veces a la no intervención. En ocasiones han intervenido de modo cosmético, en Operaciones de Paz (OPs), allí donde no queda el menor asomo de paz. Un día, todo cambia, quizá porque los protagonistas entran en contradicción consigo mismos: los serbios aceptan fronteras que se han encargado de violar reiteradamente. Los bosnios musulmanes comprenden tardíamente que toda seguridad depende no del derecho sino de la fuerza militar. Los franco-británicos comprenden la inutilidad de su esfuerzo en UNPROFOR. Estados Unidos acaba con su política de no intervención después de mantenerla durante tres años.

Este trabajo está integrado por las aportaciones de dos militares profesionales, los tenientes coroneles Candil Muñoz y Martínez Isidoro, y los trabajos de Manuel Sordo Faraldo, Manuel Fernández Moriche, Belén Lara Fernández, Jesús A. Núñez Villaverde y Vicente Garrido Rebolledo.

Manuel Fernández Moriche analiza la distancia que separa las declaraciones verbales de los gobiernos europeos y su determinación real, a la hora de aplicar una solución –sin duda factible, quizá con costes moderados– en el conflicto. Hasta el giro radical del verano-otoño de 1995, resultaba claro que sólo las fuerzas encuadradas en la OTAN estaban capacitadas para imponer la paz. Quizás por pereza intelectual se ha repetido la interpretación más cómoda: se trata de un conflicto insoluble, con raíces históricas inextricables. No es posible resolverlo por la vía militar hasta que el agotamiento de los contendientes permita una intervención de bajo riesgo. Esto se ha repetido en vez de reconocer lo que la palmaria realidad mostraba: nos hallamos ante la agresión de una fracción poderosa, contra otras más débiles, en una nación artificial, rota al desaparecer la estructura del régimen totalitario que la mantenía agrupada. Conviene distinguir los planteamientos claros de los resúmenes simplistas. Es un hecho que no hubiera existido guerra en los Balcanes sin la agresión serbia a sus vecinos eslovenos, croatas y bosnios. Por razones nunca bien explicadas –la inequívoca advertencia germana a Belgrado en el invierno de 1991– los serbios dejaron de atacar a Eslovenia. Nadie les previno de lo que les podría ocurrir si atacaban a los musulmanes de Bosnia. Nadie sentía quizá la obligación de defenderlos.

Bajo los crímenes de guerra en la antigua Yugoslavia hay motivaciones de suma complejidad: desde los derechos, amenazados, de los serbios de Bosnia, hasta el justificado terror al recuerdo de los ustachis croatas, aliados de los nazis en las depuraciones de 1942. La locura colectiva que condujo a tantas poblaciones serbias a la depuración étnica, tiene posiblemente su origen en un pasado en el que no se ha conocido, durante siglos, un clima de verdadera paz. Pero las explicaciones históricas no justifican los crímenes de los últimos tres años. La aparición reiterada de fosas comunes, la virtual desaparición de localidades enteras, el arrasamiento como método de guerra han sido sistemas utilizados por el bando invasor: es decir, por los serbios.

La equidistancia deseada por la ONU durante los tres años de trabajos de UNPROFOR ha permitido confundir, en más de una ocasión, a víctimas y victimarios. El Tribunal de Crímenes contra la Humanidad, con sede en La Haya, no ha acusado a otros líderes más que a los líderes serbios de Bosnia. No se excluye que otras acusaciones puedan caer sobre la persona de Slobodan Milosevic. Queremos decir que la práctica unanimidad de los

informes internacionales, gobiernos, observadores y medios de comunicación no ha sido el fruto de una conjura mundial. Estas maquinaciones sólo suelen darse en los guiones cinematográficos. El fondo de la cuestión sale a la superficie una y otra vez, bajo enfoques y aproximaciones distintas, en los siete trabajos agrupados en estas páginas. Aparte del interés de las investigaciones y de la calidad de los estudios, esta coincidencia común sobre la capa más oscura del conflicto presta a este estudio su mayor interés y utilidad.

Las conclusiones del teniente coronel Candil Muñoz están basadas en la experiencia directa, vivida en los Balcanes. Son particularmente útiles por la claridad del planteamiento. La ONU ha demostrado una capacidad limitada —en ocasiones muy limitada— para intervenir en conflictos y abordar con éxito OPs. Lo ocurrido en la antigua Yugoslavia entre los años 1992-1996 es un ejemplo. En la crisis de Irak, recuerda el autor, la ONU dio un mandato a una alianza constituida al efecto, bajo impulso de Estados Unidos. En Bosnia, la ejecución directa de operaciones militares se ha saldado casi siempre en un fracaso.

El punto más difícil de la crisis bosnia se alcanzó en el verano de 1995 cuando las fuerzas irregulares serbias secuestraron unidades enteras de cascos azules: una humillación para la organización y sus hombres. Vino luego la derrota serbia en la ofensiva relámpago de la Krajina, la intervención de la fuerza especial franco-británica y la decisión norteamericana de intervenir.

Los Acuerdos de Dayton —quizá más frágiles en su contenido que en su apariencia— fueron ratificados solemnemente en París. La Alianza Atlántica creó una fuerza de intervención de 60.000 hombres, que llegaba probablemente con tres años de retraso. El compromiso americano quedaba patente al situar a Estados Unidos a la cabeza de la expedición, con un contingente propio de 20.000 hombres. El trabajo del teniente coronel Candil Muñoz sienta algunos criterios generales, susceptibles de permanecer en el tiempo. Uno de ellos tiene particular actualidad:

«No deberíamos comprometer fuerzas militares —escribe— en situaciones en las que no existe una solución militar, sino sólo el clamor y exigencia casi popular de hacer algo.»

Sin misión militar a la vista, no debe recurrirse a la fuerza militar. Es peligroso confundir, insiste nuestro autor, los conceptos de intervención militar con los

de ayuda humanitaria o mantenimiento de la paz. La creación de la Implementation Force, escribe más adelante, significa el fracaso real de UNPROFOR, «aunque no se llegue a admitir abiertamente que ha sido así».

Las conclusiones del teniente coronel Martínez Isidoro son esclarecedoras en dos aspectos distintos. Primero, el final de la guerra fría ha originado un retroceso en la voluntad de defensa de los europeos; las llamadas OPs son iniciativas, a veces irreales, para articular un orden internacional nuevo, pero no hay en ellas una voluntad colectiva de defensa. En este orden, se ha afianzado entre los europeos, especialmente después de la guerra del Golfo, la creencia difusa en el apoyo norteamericano, junto a la seguridad de su respaldo y dirección en caso de crisis grave. El autor añade otra conclusión: la participación en estas operaciones de paz –carentes casi siempre de contenido militar– se centra habitualmente en funciones complementarias (protección de convoyes y trabajo humanitario) que tienden a crear situaciones equívocas, en un terreno que no es militar ni civil, con efectos negativos en muchos soldados. Este tipo de operaciones –se añade a modo de conclusión– precisan de fuerzas específicas. Sin ellas los dispositivos resultan mal adaptados a la organización de las Naciones Unidas.

Los últimos meses de 1995 han confirmado otras predicciones de este trabajo. Por ejemplo la formulada por Manuel Sordo Faraldo:

«Si los acontecimientos se precipitan de dicha forma, Europa sacará del teatro sus contingentes y obligará a la ONU a reconsiderar el mandato y el despliegue de las fuerzas comprometidas.»

En otro aspectos esencial –la configuración de una política europea de defensa– se pronuncia Belén Lara al lamentar la ocasión perdida por la Unión Europea. La Comunidad de los Doce, luego de los Quince, hubiera podido alcanzar la condición de potencia internacional con capacidad de decisión en materias de seguridad. Pero esa capacidad ha sido eludida por los europeos en la crisis de la ex Yugoslavia. Así, la UE permanece en una posición marginal, incapacitada para tomar decisiones, después de haber recurrido a una solución cómoda: el traspaso de su autoridad política a las Naciones Unidas.

Este conjunto de siete trabajos tiene un complemento técnico particularmente útil en la aportación de Jesús A. Núñez Villaverde sobre los problemas de financiación de las operaciones de paz y el trabajo de Vicente

Garrido Rebolledo sobre los problemas jurídicos y políticos de esta crisis: el requisito de imparcialidad de las fuerzas de protección de Naciones Unidas, enfrentado al concepto de injerencia humanitaria. Las contradicciones surgidas en esta confrontación, ideológica y jurídica, ha contribuido también, considerablemente, a la retirada de la ONU y al deterioro de su imagen en el escenario balcánico, medio siglo después de su fundación en el año 1945.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO